

LA ACADEMIA CALASANCIA

ÓRGANO DE LA ACADEMIA CALASANCIA DE LAS ESCUELAS PÍAS
DE BARCELONA

FILOSOFÍA RELIGIOSA

(Conclusión)

Todavía se apodera del alma una religiosa admiración cuando en esos días antiguos, que separa de nosotros una nube de crímenes y errores, contempla los prodigios que señalaron los primeros pasos de la humanidad bajo la disciplina de la Iglesia; el poder de la vida y de juventud que en ella había; el vigor sobrehumano y la alta razón que en todas sus obras se mostraban; las celestiales ideas impresas en todos los monumentos que levantaba á su paso, y sus maravillosos progresos, especialmente en la ciencia de la vida social. Y nadie sabe hasta dónde hubiera llegado en su andar progresivo la sociedad cristiana, si el protestantismo, renovando de una manera impía el milagro de Josué, no hubiera parado en su carrera al sol benéfico que vivificaba al mundo.

Y sin embargo, engañárase mucho, y desconocería la extensión de los planes de la Providencia, quién en eso que admiramos como un maravilloso bosquejo, quisiera ver una obra acabada, el término de las perfecciones que la sociedad terrestre debe recibir de manos de la religión; el que supusiera que toda la vida que el Evangelio debía comunicar á la humanidad se ha agotado en diez siglos, y que por tanto la doliente humanidad de nuestros días nada tiene que esperar sino la muerte.

Hombres, que medís por vuestras ideas las del Ser infinito, subid, os diremos, al origen de vuestra fe: ¿qué veis? Dios y la manifestación de sus infinitas perfecciones. ¿Y creéis que ese río, cuyo manantial está en el cielo en el seno de la verdad infinita y del eterno amor ha sido encerrado en la tierra en lecho tan angosto; y teméis que esas olas inmortales quebrantadas por los crímenes y errores que les oponen los hombres

de nuestros días, no tengan fuerza ya para derramarse al Norte, al Mediodía, al Oriente, en todas esas áridas regiones, que aun no ha fertilizado el Evangelio? Discípulos de una religión inmortal, os dais sobrada prisa á creer en la muerte; antes de desesperar del porvenir del mundo, abrid, meditaed el libro, donde los destinos del mundo están escritos á la par de vuestras creencias; profundizad el Evangelio. ¿Por dicha no está ahí el remedio de todos los males que trabajan la humanidad, las luces que pueden esclarecer sus tinieblas, y el principio de vida y de amor que puede reanimar su decaimiento? ¿No veis, en fin, en ese código divino todos los admirables principios de fe y de ciencia, de orden y de libertad, que desenvueltos por la palabra, y sembrados por manos de la Iglesia en medio de los restos de una civilización caída, pueden hacer germinar en la vieja tierra del mundo cristiano una nueva y más brillante civilización?

Por lo que á nosotros toca, lo diremos sin temor, ahora que debe ser claro el sentido de nuestras palabras, creemos en el renacimiento y desarrollo de la sociedad cristiana, tenemos fe en el progreso. Y nuestra fe en el progreso es, como se ve, la convicción de que la humanidad no ha agotado sus destinos, porque no ha llegado todavía el término de los destinos temporales del cristianismo. Es la certidumbre de que las heregias de estos últimos tiempos no pueden tener otra suerte ni producir otro efecto que las de los tiempos que precedieron; que servirán á los planes de Dios en la manifestación progresiva de la verdad, y que así la fe, y con ella la ciencia y la civilización, se desplegarán en nuestros días según la medida de los desarrollos del error. Nuestra fe en el progreso es nuestra fe en esa Providencia soberana, que en la profundidad de sus consejos saca siempre el bien del mal, y que no ha retirado al parecer un momento la mano que todo lo sostiene acá bajo, sino para poner patentes todos los fundamentos del orden moral, para manifestar más que en ninguna otra época del mundo las inmutables creaciones que han de levantar las manos del porvenir.

Y he aquí porque, rodeados de esas ruinas inmensas, que aun agita el soplo de la tempestad, cuando vemos á los hombres que se sientan tristes sobre los sepulcros de lo pasado, é inclinan hacia el suelo sus ojos, y se cubren la cabeza, nosotros les diremos:

Teneos en pie, levantad los ojos á lo alto, y esperad: esperad, porque algo de inmortal vive todavía, y está oculto en lo interior de esos restos de una sociedad que nació del soplo de una religión inmortal. Esperad y no desmayéis al ver cuán vanas han sido hasta hoy todas las tentativas para reparar esas ruinas. ¿No veis que si el hombre nada sólido ha podido

edificar aun, es porque todo ha querido fundarlo en la arena deleznable de sus ideas, y desechado la piedra inmutable de la fe, puesta por la mano de Dios? Pero vosotros, colocados en rededor de esa piedra, aguardad en paz; el día señalado en los decretos del cielo para la reedificación de toda cosa, está quizá más cerca de lo que pensais. ¿No veis en el mundo social ese viento impetuoso de las revoluciones, y en el mundo de la inteligencia ese torbellino del pensamiento, que arrebatava velez una tras otra las frágiles construcciones, que ensaya aun la orgullosa razón del hombre? Deslumbrada de una gloria que le venia de fuera, de una grandeza cuyo principio estaba en la religión, la menguada había dicho que le venia estrecho el maravilloso edificio que las manos de Dios le habían hecho, que iba á demolerlo para reedificarle sobre otras bases: y he! ahí al cabo de tres siglos de estériles esfuerzos al fin de su sacrilego trabajo.

Después de haber amasado tantas veces en sangre el polvo de lo pasado, nada está hecho aun, nada asentado; por donde quiera el vacío, por donde quiera la nada. Aguardad, y los pueblos se cansarán de vivir entre ruinas, de no tener á la vista sino abismos, y desengañados de su loca confianza en las palabras de la filosofía, se volverán hacia la Iglesia, y comprenderán que sólo la palabra á quien la nada obedece, puede mover las ruinas de lo pasado, comunicarlas nueva forma, asentarlas sobre una base duradera. Y de esto que predecimos, ¿no veis ya una señal consoladora en esa reacción religiosa que por todas partes se parece? La piedra del sepulcro en que la impiedad pensaba encerrar al cristianismo, comienza á temblar..... dejad al resucitado al menos cuarenta días de gloria antes de hacerle subir al cielo.

He ahí, pues, lo que son á nuestro ver los tiempos en que vivimos: una noche próxima á disiparse, más allá de la cual parece que vislumbramos una era nueva y brillante que saluda nuestra esperanza: días de espectación penosa, época de transición, y por tanto de crisis y de penas, algo de semejante á los siglos que vieron caer al imperio romano y nacer la sociedad cristiana. Esos hombres que de las sombrías regiones de la duda, de los desiertos del mundo de la inteligencia, han desaparecido, y arrojándose en nuestros días contra todas las creencias é instituciones de lo pasado, creemos que ejercen sin saberlo una misión en algo parecida á la que recibieron los bárbaros del Norte. Por espantoso que aparezca el poder de destrucción de que han sido investidos, Dios le modera, y la tajante espada de sus sofismas no destruirá sino lo que él había condenado en el mundo de nuestros padres; lo demás vivirá.

Sin embargo, la Iglesia, mientras se ejecuten los fallos de

la cólera divina, sola en pie, como en otro tiempo, en medio de una sociedad cuyos últimos restos se desploman, fijos en el cielo sus ojos, invoca con sus plegarias, y aguarda tranquila el día de la misericordia. Sabe que esas hordas de pensadores impíos, que pasan por delante de ella lanzándole el insulto y la blasfemia, que todos esos salvajes del pensamiento, cuando se hallen al cabo del camino que tienen que andar; al ver en lugar de esas luces, de esas apoteosis de la razón que han soñado, el espectro de la nada sentado en medio de las tinieblas, retrocederán de espanto, y vendrán á ella, é inclinarán ante la cruz su impiedad y su orgullo, y pedirán lavar en el bautismo de la fe los crímenes de su inteligencia. La religión, inclinándose entonces sobre los vastos escombros de que estará rodeada, sabrá encontrar los elementos que llevaban con su carácter el sello de la inmortalidad, y que rejuvenecidos, desenvueltos, recibirán de su mano formas proporcionadas á una época, escondida aun para nosotros en la oscura nube del porvenir.

Si en lo que hemos dicho hasta aquí hemos logrado se nos comprenda, se ve ya como estas dos cosas, que algunos se figuran sin razón como incompatibles, y á que se reduce á nuestros ojos todo el plan de la Providencia sobre la humanidad, el orden y el progreso, se concilian en nuestras ideas.

Porque, en primer lugar, el progreso, tal como lo concebimos, lejos de excluir el orden, supónele por el contrario. El progreso no es una de las condiciones de la existencia del hombre, sino porque este es un ser limitado, que tiene sus raíces en el Ser infinito; porque su inteligencia, nacida de la de Dios por medio de la palabra, debe, por una conformidad creciente de sus pensamientos con los revelados en la palabra divina, aproximarse de continuo á la inteligencia infinita; porque su amor, chispa caída en su corazón del foco del amor eterno, debe purificarse sin cesar, subir hacia el cielo, y derramarse por la tierra, y abrazar todos los hombres, y esforzarse en hacerse así más y más semejante al amor infinito.

En medio de las perpetuas revoluciones y de los móviles progresos del hombre y de la humanidad, hay, pues, algo de innóvil é inmutable, y es lo que estos recibieran de Dios; esas verdades promulgadas en la cuna del género humano, en lo que encerraban de elemental y completamente manifiestas al mundo por el ministerio de Jesucristo; esa legislación superior á las empresas de la razón humana, cuyo origen es la revelación, y cuya regla está en los poderes á quien Dios confirió el derecho de explicarla á los hombres. Aquí se halla juntamente el principio del orden, y el germen de todos los progresos del mundo de las inteligencias, así como del mundo social; porque toda verdad se deriva de estas verdades prime-

ras; los pensamientos revelados de lo alto á la humanidad son el fundamento necesario sobre que el hombre debe asentar sus pensamientos, sopena de fundarlos en el vacío. Esos dogmas son invariables en sí mismos, como la inteligencia á quien representan; pero despidiendo nuevos rayos de luz á medida que chocan con nuevos errores, esclarecidos, manifestados más y más al mundo por la enseñanza del poder encargado de explicarlos, se desenvuelven con respecto á nosotros. Y así es como de una fuente infinita sale y corre por un álveo, que se ensancha de siglo en siglo, la vida creciente del hombre y de la humanidad; así es como un fondo divino, inagotable, se reviste en el hombre, en la sociedad, de formas variables, progresivas, que miden las diversas edades y los periodos sucesivos de su existencia.

En segundo lugar, aunque nada hay inmutable acá en la tierra sino lo que viene de Dios; aunque todo lo que es del hombre esté sujeto á mudanzas y á la muerte, sin embargo el progreso, tal como lo entendemos, no rompe ninguno de los lazos que unen lo presente á lo pasado; no supone que cada generación que entra en la vida deba demoler y construir de nuevo el mundo de sus padres. No, no es con destrucción sucesiva, sino por un descogimiento lento y armónico, como la humanidad debe perfeccionar de siglo en siglo las formas de su existencia; y si nos aparece alguna vez entre revoluciones y ruinas, es porque algún gran principio de error y desorden lo ha hecho desviar de su camino. Para volver á él, es forzoso que mire hacia atrás; para adelantar sin temor de extraviarse otra vez, es preciso que anude á sus anteriores destinos el hilo de sus destinos nuevos.

Así por una parte nuestras convicciones no nos permiten adoptar el sistema de esos hombres que, ignorando al parecer una de las leyes del mundo moral, y espantándose hasta de la palabra progreso, como de no se qué novedad impía, creen que nuestros padres llegaron en filosofía, en ciencias, en letras, en instituciones sociales, al tipo de una perfección que no puede sobrepujarse; y por tanto, la obra maestra de la educación sería hacer de tal modo vivir en lo pasado las generaciones nacientes, que no se dejara llegar hasta su inteligencia idea alguna que no tuviera al menos un siglo de fecha para asegurarse de no dejar penetrar allí ningún error.

Estos hombres que quieren asir la humanidad en su cuna para hacerla recular hacia no sé qué punto fijo de su pasada existencia, están animados de intenciones loables sin duda; mas parécenos que emprenden una obra superior á las fuerzas del hombre, porque contradice los planes de Dios. Por las razones que hemos tratado de explicar, las sociedades no pueden pararse en el camino del tiempo, ni andar contra la corriente de sus des-

tinios. Desde la altura de vuestra inmóvil razón os espantáis al ver la humanidad correr siempre delante en el mar de los siglos: indicadle los escollos en que puede fracasar; tratad de dirigirla; pero no esperéis que por miedo al naufragio eche el áncora en este Océano inmenso. Impelida por una fuerza invariable, por una ley necesaria de su existencia, avanzará siempre, hasta que haya llegado al fin de su carrera, aportando á las riberas de la eternidad.

Mas se ve por otra parte que estamos más lejos aun de participar de los excesos de esos hombres que, desconociendo otra ley de la humanidad más necesaria todavía, van inoculando en el corazón de la juventud estúpidos desdenes, altivos desprecios hacia los tiempos que no son. ¡Insensatos! no saben que si lograsen ahogar, como pretenden, todos los recuerdos de un tiempo que les desplace, ahogarían al mismo tiempo todos los gérmenes del porvenir.

Otros sentimientos, otras ideas quisiéramos inspirar en el alma de la juventud: hacerla comprender y admirar las formas admirables que el pensamiento de Dios recibió de manos de nuestros padres. Porque ellos son, á nuestro juicio, nuestros maestros y necesarios guías, no sólo porque nos señalan con la mano los principios eternos de orden en que se halla el germen de toda perfección, sino también porque nos han dejado en todos los géneros modelos que nunca aventajaremos sino tomándolos por punto de partida. Porque los pensamientos é instituciones que nos legaron, si bien nos fijan delante de nosotros un límite que nos esté prohibido pasar, son el eslabón necesario á que debemos ligar nuestras ideas é instituciones si queremos hacer verdaderos progresos; porque, en fin, los monumentos cristianos nos aparecen tras del abismo abierto por la impiedad, como elevados á la mayor altura á que haya hasta ahora llegado el ingenio humano, levantado por la fe.

Ved por qué recomendamos al estudio y la admiración de la juventud las grandes obras de los siglos cristianos, y quisiéramos arraigase hondamente en sus almas el amor y respeto de lo pasado. ¡Ah! el desprecio de los abuelos nos parece uno de los más espantosos síntomas de una época, y juntamente uno de sus mayores crímenes. ¡Ay de los pueblos cuando olvidan que el amor filial es una ley que les obliga con igual rigor que á los individuos! La generación que maldice de sus padres y esparce al viento sus recuerdos, no recogerá las bendiciones de la posteridad. Nosotros, si temiéramos no poder mantenernos á igual distancia de los dos escollos que quisiéramos evitar, preferiríamos se nos acusara de una piedad á las veces supersticiosa para con la memoria de nuestros padres, al reproche de haber faltado al culto legítimo que reclaman de nosotros sus augustas sombras desde el fondo de sus sepulcros.

Pero tiempo es ya de detenernos; sólo una palabra y concluimos.

Si el camino que sigue la humanidad es tal cual hemos creído verle á la luz de la revelación, si tales son los caracteres de los tiempos en que vivimos, el hombre, este punto que desaparece en el espacio, y la duración, ese átomo perdido en el universo, es sin embargo una cosa, como decían los antiguos, *magna res homo*, porque su fugaz existencia está ligada por maravillosas relaciones á lo pasado, á lo venidero, á todo el plan del universo. El cristiano señaladamente es una gran cosa en nuestros días, en que lo pasado es un enigma que él sólo entiende, lo futuro un problema que sólo él puede resolver, el mundo entero una ruina que no puede ser restaurada sino por sus manos. Bendigamos á Dios por habernos hecho nacer en una época tan solemne de la vida de la humanidad, por haber hecho brillar sobre nosotros todas las luces que nos descubren nuestra magnífica misión, por habernos asociado así de más cerca á la ejecución de sus eternos designios. El nos ha elegido entre los instrumentos de que quiere servirse para dar nueva forma á este edificio de la sociedad humana, que, bosquejado al origen del mundo, cimentado después por la sangre del Hombre-Dios, y asentado en la base de su palabra, batido sin cesar por las tormentas de las revoluciones, frecuentemente conmovido, siempre afirmado de un modo milagroso, crece y se extiende, y sube de siglo en siglo hasta que vaya á recibir su coronamiento de manos de Dios en las alturas del cielo y de la eternidad.

V. M. y F.

RECUERDOS HISTORICOS

PEREGRINACIONES CÉLEBRES

La catedral de Santiago fué considerada en los siglos medios, según la expresión del P. Sarmiento, como la Palestina de Galicia. La romería que se hizo desde el reinado de D. Alfonso el Casto á la basilica del Santo Apóstol fué tan frecuente como general. Todas las naciones del mundo llegaron á ofrecer solemne homenaje de veneración al pie del humilde sepulcro revelado á un ermitaño, cuando la antigua capital de Galicia, no era más que un burgo de cuatrocientos moradores. El P. Berganza en su obra *Antigüedades de España*, dice: «que tanto era el afán por venir á esta Catedral, que hacían legados, en los que mandaban á su costa fuesen enviados hombres á esta peregrinación.» De aquí tomó origen el refrán de que «en vida ó muerte todos habían de ir á Santiago.» En Houdes existía la costumbre de imponer á los criminales perdonados la pena de peregrinar hasta el

sepulcro del apóstol Santiago. El monte de San Marcos, que está situado á tiro de fusil de la población, se denominaba del Gozo, por el que experimentaban los peregrinos al divisar desde su cumbre las torres de la Catedral, y el camino que desde los Pirineos llegaba á la antigua compostela, era conocido con el nombre de camino de Santiago. Igual nombre tenía por aquellos tiempos la *Via Láctea*, que servía de guía á los peregrinos durante la noche.

Sobre el tejado de la Catedral aun existe un pilar de piedra, en el cual depositaban los peregrinos pobres sus ropas, después de ser vestidos por el cabildo compostelano. Este pilar se llama *Cruz dos farragos*. Desde el siglo xvi se hospedaban en el hospital de la población, debido á la munificencia de la reina doña Isabel la Católica.

Entre los peregrinos más célebres, mencionados en las crónicas que hemos tenido á la vista, debe hacerse particular mención de los siguientes:

San Adelmo, Santo Domingo de la Calzada, San Simeón, San Teobaldo, San Juan el ermitaño, el beato Alberto, ermitaño. San Guillermo (1), Guillermo, duque de Vostier (2), San Gregorio, San Genadio, obispo de Astorga, Santo Domingo, San Francisco, San Vicente Ferrer, San Pedro Telmo, San Juan de Dios, San Bernardino de Sena, San Juan de Sena, Santa Isabel, Santa Brígida, Carlo Magno (3), Otón, duque de los francos orientales, Felipe, duque de Borgoña, Sigifredo, arzobispo de Maguncia, Breno, rey de Jerusalén, el papa Calixto II, siendo arzobispo de Viena. don Alonso el Casto, su esposa, doña Berta y los grandes de sus tiempos, don Ramiro I, don Ordoño I, don Alonso el Magno, doña Gimena, don Ordoño II, don Sancho I, don Bermudo II, don Fruela II, don Ramiro II, Bernardo d-el Carpio, don Alonso IV, don Alonso V, don Fernando Magno con la reina doña Sancha, Rui Diaz de Vivar (el Cid), Sancho IV, Alfonso II, don Pedro el Cruel, doña Isabel la Católica y don Fernando V, don Felipe I, la reina doña Juana, don Felipe II, don Felipe III, la

(1) Este llegó á Santiago á pie descalzo.

(2) Recordando los males que había causado en la Normandía, llegó á Santiago el 17 de Abril de 1137, recibió la comunión delante del santo Apóstol, y murió de repente junto al sepulcro del Cebedeo.

(3) Vino en romería á Santiago, y el rey D. Alonso en esta ocasión le dió los prisioneros que habían quedado en España desde la batalla de Roncesvalles. En la iglesia de Santiago se tiene por cierta esta romería, y se asegura con la memoria que hacen el 6 de Julio los prebendados en reconocimiento de las dádivas que hizo á su iglesia, según afirman Morales, Berganza y Antonio de Esp. Tampiro cree también que Carlo Magno hizo esta romería. *La Historia Compostelana* lo asegura. Por el contrario, el P. Yepes, *Crónica general de San Benito*, la cree una fábula sin fundamento, por cuanto murió Carlo Magno, según los historiadores franceses, en 814, y el sepulcro de Santiago fué descubierto en 835.

reina doña Margarita (1), Carlos V, los reyes de Portugal, don Juan II, don Manuel; los de Aragón, don Pedro I, don Jaime y don Alonso I, Luis el *junior* (2), rey de Francia, Raimundo conde de Borgoña, Duarte rey de Inglaterra, y la infanta de Portugal doña Leonor, acompañada de los obispos de Coimbra, Oporto, Viseo y de Guzmán, cardenal, patriarca y arzobispo de Sevilla.

Entre los personajes fabulosos de que se hace mención en algunas leyendas, se citan á Roldán y á Nicolás Hamel, célebre nigromántico.

La orden de Santiago trae su origen de la continua romería al sepulcro. En un principio se llamaron *cambiadores* (3); después caballeros de la *Espada* (4); y más tarde *caballeros de Santiago* (5). Los primeros como lo indica su título, no tenían otro destino que el de cambiar á los peregrinos las monedas que traían: los segundos el de resguardarlos y defenderlos de los ladrones y asesinos, que, apostados en el camino, perseguían de muerte á los infelices que no tenían más armas de defensa que el tosco bordón donde se apoyaban.

Por este motivo se edificaron también muchos hospitales donde descansaban los peregrinos, y se guarecían de la crudeza de las estaciones.

Nosotros terminaremos este artículo, diciendo que desde los siglos medios hasta el reinado de los monarcas austriacos, la romería de Santiago de Galicia fué el título más meritorio para la redención de las culpas, y una de las cosas más respetadas por todas las naciones del mundo civilizado.

A las puertas de la Catedral se agolpaban los diversos pueblos de Europa para visitar con la frente humillada uno de los monumentos más sagrados de la religión cristiana. Desde los primitivos tiempos de la basílica, en que los Romeros entonaban cantares sagrados con los monjes de Ante-Altars, que decían horas delante del Apóstol, hasta los tiempos en que recorrieron los claustros del Hospital edificado por la piedad de Isabel la Católica, el sepulcro del santo Apóstol recibió sobre una losa el ósculo de adoración de catorce generaciones.

En la actualidad, esta romería es muy escasa, y el jubileo, que en otros días llenaba de júbilo á la Europa, no es más que

(1) Desde Felipe I hasta la reina Margarita hicieron las peregrinaciones por medio de delegados suyos.

(2) Por medio de su embajador el E. S. D. Antonio Mortillón, canciller.

(3) En un libro que Huerta (*Anales de Galicia*), titulado de *Cambiadores*, escrito en gallego, se lee «que estaban con sus taboas doradas é pintadas, con sus arcas é balanzas é moneas... é das ganancias exponían cirios que adomeaban ante ó apostolo».

(4) Esta cofradía fué fundada por D. Ramiro I, (Méndez Silva, Cat. real de Esp.)

(5) Véase la *Histoire des Ordres, monas, relig. et milit.* T. II, pág. 25.

una festividad religiosa celebrada con la tradicional y frecuente ostentación de la antigua capital del reino de Galicia.

A. TORNERO DE MARTIRENA.

MARICHU

IDILIO DE MI TIERRA

I.

Las tres Provincias Vascongadas se unen en un punto en los altos prados de Larrazábal, al pie de la peña de Amboto. A pocos pasos, allá en lo hondo, debajo de los prados y de la roca gigante, está el escondido y pintoresco valle de Aramayona.

No cupo en su profundo lecho, en Ibarra, toda la población cuando se fué desarrollando, y tuvo que buscar para vivir y asentarse las escasas planicies que, á muy diversas alturas, dejan entre sus verdes laderas aquellos riscos y montes, y en cada una de ellas se alzó un grupo de casas «una anteiglesia», un barrio de caseríos, uniéndose todos entre si, por entre las sinuosidades de la montaña, por inclinados senderos con escaleras talladas en la roca, por repechos abiertos entre los floridos lindes de las heredades y por revueltas estradas que siguen el curso de los arroyos, cruzándoles sobre puentes de palo, sombreadas por los castaños, cerezos y nogales, limitadas por toscos zócalos de piedras, de zarzamoras, de avellanos, de endrinos y de helechos, y pobladas y animadas por los labradores y pastores, que buscan en el trabajo de los campos el pan de cada día, ó por las hermosas nescatillas y alegres mútilles que bajan á «la calle», atraídos por la concurrencia del mercado, por la festividad de la parroquia ó por las placenteras armonías del tamboril.

Al Poniente del valle, allá arriba, se ve Aréjola, con su barriada de Arriola, y en ella se alzan frente á frente, con una huerta, un camino y un emparrado por medio, los solares de Mázmea y de Bengoa, la casa de mi madre.

Una hermosa tarde de otoño, hace ya muchos años, caminaba desde Ibarra hacia estas alturas un chico, Martín de Lásaga, estudiante de latín, hijo de uno de los mayorazgos de aquellos caseríos, y subía sosegadamente la cuesta, con su boina en la cabeza, su palo en la mano y el Nebrija y el Diccionario debajo del brazo, cansado de hilvanar oraciones paganas, de repetir gerundios y supinos y de traducir textos vivos y muertos en el aula del señor dómíne de Aramayona.

Al llegar á una barrera que limita en el sendero las huertas de Arriola, salióle al encuentro un hermoso mastín, que con ex-

presivas caricias y señales de alegría empezó á saltar caminando delante él, hasta que á los pocos pasos se vieron ambos detenidos por una hermosa muchacha que allí les esperaba, y que tomando la mano que el estudiante le tendió, y cogiendo sus libros, se puso sonriente á su lado y avanzó con él hacia la barriada, bajo la magnífica bóveda que formaban sobre el camino las copas de los manzanos y cerezos.

El estudiante Martín tenía diez y siete años, no había salido nunca de su valle florido, y por consejo y orden de su padre el mayorazgo se preparaba á ingresar en el Seminario de Vitoria, «para hacerse cura».

La joven Maria Paula, ó «Marichu», como todos la llamaban, hija de la fuerte casa de Mázmela, linda y sencilla como las aramayonesas, la única señorita de aquella barriada, se había criado con su vecino Martín, y era su amiga desde que nació, y su novia desde que sintió en el corazón otras aspiraciones que las de la amistad. ¿Hay cosa más natural?

Caminaron silenciosos los jóvenes un largo trecho, hasta que el estudiante, poniendo sus ojos en los azules de Marichu, exclamó en castellano, construido en vascuence:

—Muy guapa te vas hasiendo, Marichu.

—Sí —contestó ella;— pero ¿cura te harás tú y...?

—Mi ama, por eso, ya puedes ser.

—Rasón tienes; ama, si tú quieres, ya seré.

Y continuaron andando en silencio otro rato hasta que al acercarse á la casa de Bengoa tomó Martín entre sus dos manos las de la joven, las oprimió contra su pecho y volvió á decir:

—¡Ay, ené! pero mucho más gnapa cada ves estás!

Marichu soltó de un tirón la mano y echó á correr hacia Mázmela seguida del perro, su cariñoso guardián. Al dar la vuelta al camino para entrar en su casa, se volvió hacia Martín, que la contemplaba con la boca abierta, y el cual al verla tan bella, destacándose con toda su alegre gentileza entre la orla del emparrado del portal, la envió un adiós tan sonoro como inocente.

Parecía que la Naturaleza tomaba parte en aquel afecto. Anochecía. Los últimos resplandores del crepúsculo doraban las cimas de Amboto y de Echagüen. En los ocho campanarios de las anteiglesias sonaba la armonía melancólica del toque de oraciones. Cuando la tarde se apagó, y allá sobre Cruceta fulguraba en medio de un mar de estrellas la estrella del amor, no quedó rama de matorral que no albergara un músico nocturno, ni rendija entre las piedras de las tapias de la que no saliera el canto de los verdes sapos, ni establo en el que no sonaran los esquilonos del ganado, ni ventana que no irradiara la luz del hogar, formando, entre la masa oscura de los montes, fantásticos puntos encendidos, iluminación preciosa de aquel cuadro y complemento

artístico de aquella serenata inimitable, cuyas incesantes rústicas melodías interrumpían de cuando en cuando el áspero chirrido de las lechuzas que cruzaban por el aire, ó el lejano, triste y monótono canto de los cucos escondidos en las solitarias arboledas de los bosques.

II.

Cuando concluyeron de cenar en casa de Martín, su madre, una alavesa de Guevara, que no había llegado á aprender el vascuence al olvidar bastante el castellano, preguntó á su hijo que «cómo iba de sus estudios». Martín se calló, dirigiendo de hurtadillas una mirada á su padre, y éste, sin soltar la pipa de entre los colmillos exclamó:

—Pues, ya parese que vamos bien. A Vitoria ya pronto hemos de ir. Matricular te voy á haser esta Setiembre, Siminario, y tú, Juliana, el baúl y el erroja ponle... y jueves que viene marchar haremos. ¿No es así, Martín?

—Bien, señor.

—¿Vocación de cura ya tienes, ó?—añadió su madre mirándole fijamente.

Martín no contestó una palabra, pero el mayorazgo dijo:

—Eso, ello solo viene.

—Bien, señor—añadió el estudiante.

—Ya sabeis, pues, jueves sin falta, andando.

—Bien, señor.

Y, en efecto, al jueves siguiente montó el mayorazgo Lásaga en su caballo aramayonés, llevando á su hijo á la grupa; encargó al ordinario Pachico que llevase el baúl á la ciudad, y allí se quedaron en Aramayona, su madre cavilando en la vocación del joven, y Marichu llorando sin consuelo y maldiciendo del latin, de los libros, del Seminario y de todas las carreras que sacan á los chicos de sus casas y separan á los novios de sus novias.

Muy tristes, cada día más tristes, le parecieron á Marichu desde entonces su casa, su valle, su vida y sus recuerdos. En vano trató de distraerse dedicándose de lleno á las labores de su casa y de la huerta. Trató de bordar con todo primor, como lo sabía hacer, unos juegos de letras, y abandonó aburrida el bastidor después de haberse pinchado cien veces los dedos. Abrió uno y varios libros de los escogidos que tenía su padre, y no acertó á leer ó á entender lo que leía, aunque pasó muchos ratos con la vista fija en los renglones. Regó durante algunos días las macetas de claveles, de geranios y de pensamientos, pero después las miró con desdén y las dejó secar. Bajó al riachuelo de Zalgo á lavar con sus compañeras de la barriada, y fué la única que no cantó nunca en aquel coro de alegres y hermosas nescatillas, porque sentía que se le atravesaban los cánti-

cos en la garganta. No volvió á acudir al tamboril de la calle. Durante las largas noches de invierno se puso á hilar con la antigua rueca de su madre, y en vez de la humedad de sus labios para torcer el hilo, se encontró con los dedos llenos de lágrimas cuando los acercaba á su rostro. Trataron de distraerla sus padres y sus hermanos llevándola á Bilbao y á Vergara, pero ella se resistió á moverse de su caserío y no hizo más viajes que á la iglesia y á casa de Martín, á oír á Juliana hablar del estu- diante.

III.

Por consejo de un amigo del mayorazgo, Martín quedó matriculado como externo en Vitoria y bajo su amistosa vigilancia. Compró un Rotenflué de lógica, un Diccionario nuevo, una sotana, un manteo y un tricornio, despidió á su padre y vió con gusto que el muchacho asistía con puntualidad á las cátedras del viejo Seminario del Campillo. Pasaba allí las horas de la mañana, las de la tarde en el café de Olave, y las de la noche en casa de su patrona, jugando á la brisca y cantando zortcicos en compañía de otros cuantos condiscípulos, buenos guitarristas.

El recuerdo de Marichu no se borraba de su imaginación, y dulcificaba sus horas, amargadas por los intrincados conceptos de la lógica y de las matemáticas, que aunque debían ser muy útiles é importantes, le tenían á él completamente sin cuidado.

Un día, después de muchos meses, el recadista Pachico le dijo al llegar de Aramayona:

—Marichu me ha preguntao, que á ver qué hases y que si te acordas de ella.

El estudiante sintió renovados todós sus entusiasmos con esta misiva; pasó el día sin poder abrir el Rotenflué, no pudo conciliar el sueño por la noche, se levantó, desenroscó su tintero de cuerno y escribió la siguiente carta á su novia, poniéndola después, con media peseta, en manos de Pachico, para que se la entregara con todo sigilo:

«Diligentissima atque formosissima María Paula, mea promisa ad pedem manzanorum hortus tui:

»Secretum aguijonis amore non permitet mihi vivere in pacis, sine representare semper in anima mea bellissimo atque sonrosadisimo rostrum tuum. Ego sufro (et corroboro in securitatem conscientia mea) moltorum malus ratos per estare legisimus presentia tua. Nullus consuelus pectus meus divisat in hæc civitas vitorianorum. En quantum venet tempora vacationis, ego corra- bo latum tuum, amabo te, et in æternum nunquam reposabo te. Datum in zapateriam viam calendas decembris MDCCCLIX. Totus tuus per secula seculorum.

»MARTÍN DE LÁSAGA Y ZALVIDEGOITIA.

Excusado es decir que Marichu no entendió una palabra de semejante epístola, y como no había en la barriada ninguna persona de su confianza á quien encomendar la aclaración de estos párrafos, contentóse con leer y releer la firma y suponer que en lo demás del texto diría cosas muy buenas; aguardó al jueves siguiente, y se la devolvió por el mismo conducto al estudiante, remitiéndole por su parte esta contestación:

«Nere maite Martinchu de los Vitorias: Pues ni palote entender de tu carta que me invias, sobre con la mi nombre y latin de curas adrento. Choriburu debes estar novia de cartas estrambóslicos esquibres, lees que te lees; cuanto mas lees, menos entiendes.

»Muchos gusurras, chinchirrimancharrerías y cabeza de tontos atontao tienes tu; baña pero, perdonao estas, falso de palabras estudiando de curas esquibriendo de novias. Camisollin negra, pantalón gorri no puede ser.

»Yo, mucho mas hoy que ayer, mañana que hoy te quieres; ni canto, ni ballo, ni fiestas, ni erromerías ando, triste te vives, corason teniendo metido tuyo de nombre.

»Suspirando que te marchas, loca me vuelves.

»Tu marido yo mujer matrimonio haser.

»Si misa te cantas, monja me entras, sepultura de vivo sepultao.

»Unos biscochos errosquillas te invias, para que te comas Pachico erracadista.

»Acordar pues, Martinchu, que estas aquí sola, estomangu larri, conti antes te volves mejor que mejor.

MARÍA PAULA.»

IV.

Cuando el estudiante recibió esta carta se disponía á pedir, con otros seminaristas, la prima tonsura. Leyó y releyó la epístola de Marichu y perdió la chabeta. Tomó la pluma, lo pensó mucho y contestó á su novia, en correcto castellano, pintándole con vivos colores lo estupendo y nunca visto de su pasión, lo incomparable y divino de la hermosura que ella atesoraba y ponderándole las delicias que podrian pasar si no le gara á ser cura en algún pintoresco rincón de las montañas que sería para ellos un verdadero rinconcito del cielo pacífico, venturoso y eterno.

Y después volvió á leer la carta de Aramayona y la besó cien veces, y tomó la solicitud que había hecho para el señor Obispo pidiendo la tonsura y la metió en el sobre destinado á Marichu, y plegó cuidadosamente la amorosa contestación escrita á ésta, y la guardó y cerró en el sobre dirigido á la Secretaria del prelado.

El amor mismo, ayudado por el diablo, no hubiera logrado enredar más á maravilla ni más satisfactoriamente el asunto.

No es para descrito el escándalo que se armó «en palacio» entre escribientes, dignidades, secretario y el prelado mismo. Llamó el Rector del Seminario al encargado de Martín y le participó que éste quedaba expulsado de la carrera. El encargado, sin decir una palabra al estudiante, escribió el mayorazgo Lásaga, ordenándole que se presentara en Vitoria sin pérdida de tiempo, para tratar de un asunto relativo á su hijo.

Cuando en el caserío recibieron este aviso, exclamó Lásaga:

—¡Gorda tenemos! algún premio, ó así, Martín sacar, tanto de estudiando Seminario. ¡Guapo chico te sales!

—¡Canónigo ó... ya le harán lo que menos!—añadió un vecino.

—Como no te haigas pillao algún moscorra y le tengas el justisia adrento del cársel—exclamó su madre, inclinada, como todas, á pensar desventajas.

—¡Cállate pues, Juliana—respondió su marido,—simpre que te piensas mal me sacas los quisios de errabia que me das!

Marichu, que estaba presente dijo:

—No moscorrista no es Martín; premios tampoco te piensas; para canónigo, chiquito todavía es; yo creo que enfermo de mal debes estar.

—¡Errasón tienes, Marichu!—contestó su madre— eso ¿sí será ó? yo también á Vitoria voy verlo.

—Tu, Juliana, quieto—añadió su marido—los mujeres andais simpre errevolviendo todos los salsas con lloros y elementos; empermo no debe ser, porque ya lo diria el carta.

Después de largo consejo tomó Lásaga, muy de madrugada, su caballo aramayonés, y para las siete de la mañana se plantó en Vitoria. Sin ir á casa de su hijo, entró en la del encargado, y con horror se enteró de lo ocurrido, de que Martín ya no era seminarista y de que Marichu andaba por medio.

Voló al domicilio del estudiante, que roncaba como un bienaventurado, ignorando todo cuanto pasaba, y el cual, al despertar sobresaltado, contempló, en la puerta de su alcoba, á su padre enfurecido, que gritaba:

—¡Martín, véstite, y á Aramayona!

El joven, como quien ve visiones, saltó de la cama y dijo:

—¿Qué hay, pues, padre? ¿Se ha muerto la madre, ó...?

—¡Pior! ¡véstite, véstite, pilló!

—¿Qué hay, pues, señor?

—¡Véstite! ¡y no me hablas un palabra más, que te voy dar un garrotaso en el cabeza, que te saca los tripas!

Martín se vistió mientras su padre pagaba á la patrona y mientras ésta arreglaba el baúl del estudiante, y poco después, sin probar bocado, salieron por el portal de Urbina, el padre á

caballo y le dijo á pie detrás de él, con su boina vieja, su manto al hombro y con unos cuantos libros debajo del brazo.

Volvíase loco el estudiante imaginando cien explicaciones diversas para comprender la causa de aquel gravísimo lance en que se encontraba, y en el cual él debía tener alguna parte muy importante, á juzgar por el enfado y horror con que su padre le trataba, y á las manifestaciones y gestos que por el camino iba haciendo, ya que de cuando en cuando, conforme avanzaban por la carretera, volvía el mayorazgo su mirada hacia él, y decía con furia:

—¡Probe de tí! ¡Bueno me has hecho! ¡Buena te esperas, pillito!

Al llegar á la posada de Luco, el padre se apeó, entró á tomar un vasito de vino y á cargar y encender la pipa, y Martín se quedó en la carretera.

—¿A ese no le damos también un trago?—dijo el posadero.

—¡No, señor!—contestó el mayorazgo.—¡Soliman, como no le dé; pillito, á ver si erreventa cuanto antes!

El posadero se sonrió al oír tal disparate, y Martín sintió que se le venía el cielo encima, convenciéndose de que había ocurrido algo estupendo y muy calamitoso para él.

Su presencia en el caserío, no esperaba tan pronto, causó indescriptible asombro. Lásaga se apeó dejando las riendas de su jaco á un criado, y penetró en la cocina seguido de su hijo. Acudió Juliana desde la huerta, se santiguó al verlos y exclamó:

—¿Qué trayéis, pues, vosotros?

El mayorazgo, sin hacer caso de su mujer, cogió un garrote que había en un rincón y fué á descargar un golpe sobre la cabeza del estudiante, y lo hubiera hecho, mientras gritaba y vociferaba, á no haberse interpuesto su mujer, que cogiéndole por ambos brazos, le detuvo. Martín se parapetó tras de su madre, y durante algunos minutos forcejearon los tres, en medio de la más espantosa algarabía, aumentada por las exclamaciones de algunos vecinos, que acudieron al ruido de las voces y que sujetaron al enfurecido amo de la casa.

—¿Loco ó así te has puesto?—exclamaba Juliana vertiendo abundantes lágrimas.

—¡Pillito, errepillito! ¡mal cural! ¡matarle que le haga, dejarme!—repetía Lásaga.

—¿Qué has hecho, Martín?—decía entre suspiros la pobre madre, mientras defendía á su hijo.

—Yo no sé, pues, amachu—contestó el estudiante;—durmiendo estaba y, de repente, ha venido el padre y... ¡que sé yo, lo demás, yo no sé, pues!

—Esa morroseco; pamparrista de Marichu, culpa de todo tiens; como le incontro apetrar la pescuezo le voy á haser; mira, mira tú Juliana, este carta que Martín al Obispo ha enviado—dijo Lásaga sacando unos papeles del bolsillo.

Cuanto oyeron esta afirmación creyeron de veras que Lásaga se había vuelto loco. El que más confundido estaba y menos entendía aquel enredo, era Martín. Por orden de su madre se retiró á su cuarto, y, al asomarse á la ventana y mirar hacia el caserío de Mázmela, vió entre el emparrado á la hermosísima Marichu, que, al distinguirle, alzó sus brazos y se deshizo en muestras de curiosidad y de alegría, deseando saber qué era lo que pasaba.

Mientras tanto, el mayorazgo enteró á su mujer y á sus parientes de cuanto había acontecido, explicándoles, con bastantes rodeos y dificultades, como Martín había remitido á la secretaria del obispado, en vez de la solicitud, la carta de amor á Marichu.

Y á medida que él se enfurecía, conforme lo contaba, iban en aumento las risotadas que daba su mujer y la broma con que los oyentes recibieron el relato de aquel enredo tan original.

—¡Ni pintao le voy ver ese pillo—decía el mayorazgo;—al convento de Bermeo le entraremos; fraille que se haga, ¡si no quieres un tasa, caldo y medio tomas!

—Vocasión no teniendo, ni cura ni fraille te vales—contestó Juliana:—yo me parese que casar le haremos con Marichu.

—¡Primero me cortas pescueso! Casarse unas chicos chiquitos, visios de criatura son y nada más.

—¿No te casaste, pues, tu también?—le preguntó su mujer, poniéndose muy seria.

El mayorazgo, ante esta pregunta, se quedó pensativo, y contestó al fin:

—Errasón tienes; no me acordaba ya. Sincuenta y cinco veces cada día engañar los mujeres á las hombres. ¡Lástima que no te llevas á todas los demonios!

Juliana, que continuaba riéndose cuanto más desbarraba su marido, añadió:

—Las mujeres más listos ser. Seis años latin te estudias, Martín y Marichu nada: y ya ves, mejor le convenses ella al nuestro chico que todos los libros, catedráticos, siminarios, Victorias y curas. Erreventar voy de errisa que me das. ¡Probes chicos, malos erratos te pasas con estos apuros! Contentarles tenemos que haser, ¡si señor!

V.

El mayorazgo se convenció bien pronto, y muy pronto también se le pasó el enfado. Juliana fué á Mázmela, al caserío de los padres de Marichu, y les contó lo sucedido, disponiendo, entre todos, que los chicos se casasen para San Juan. Martín se quedó anonadado y confuso cuando su madre le enteró del cambio de los sobres, bendiciendo la inesperada catástrofe y singu-

larísima fortuna á que había dado lugar su aturdimiento. Marichu certificó y probó la verdad del caso, poniéndole de manifiesto la solicitud para el Obispo, que había ella recibido.

—¡Tonto ser tú para haser cura!—exclamó la muchacha.

—Tonto no, enamorao—contestó Martín.

—Enamorao ó tonto, ¿qué más da?—añadió ella riendo como una loca, al mismo tiempo que su futura suegra.

Martín cambió muy gustoso su traje de seminarista por el de labrador. Guardó sus libros, tomó la azada y la laya, aprendió á trabajar la tierra, á dirigir la era, á podar é ingertar los árboles, á preparar los abonos, á componer los aperos, á cuidar y vender el ganado y hasta emprendió la tarea de abrir un libro de apuntes con los gastos y productos de su casa, para no tener que llevar de memoria, á ojo y á la ventura, la contabilidad, como allí y en todas partes fué costumbre entre sus antepasados. En lo que no pensó fué en alterar la patriarcal costumbre de que su futura mujer fuese la tesorera, como lo son todas las amas de casa en aquella tierra, ya que los hombres, aunque sabemos ganar el dinero, no acertamos á administrarlo, ahorrarlo ni distribuirlo, y ya que él tenía la seguridad de que Marichu, bien enseñada y práctica, sabría dar doscientas vueltas á una peseta antes de perderla de vista.

Llegaron los hermosos días de Junio, cuando las guindas rojean entre el follaje, y cuando las rosas avivan y alegran los linderos de las huertas. En la víspera de San Juan, muy de mañana, no cabía en el templo de Santa María de Aréjola «el gentío» que, vestido de gala, presenció la sencilla ceremonia del casamiento de Martín y Marichu. Desde Ibarra, desde la calle y desde Ullibarri, Badajún, Ascoaga, Uncella, Gánzaga, Echagüen y Olaeta, que son las anteiglesias del valle, acudió todo lo más selecto, florido y alegre que había en aquel pintoresco rincón del mundo. Pusieronse las mesas del convite debajo de los castaños, en la campa cubierta de verdor, que se extiende á un lado de los caseríos, y allí almorzaron, comieron y merendaron, convidados y curiosos, ricos y pobres, todos los asistentes á la fiesta, y desde allí subieron los cohetes hasta la línea de los picos de Echagüen, y allí agotaron los tamborileros todo su artístico repertorio ante la incansable afición de las gentes jóvenes, maduras y viejas, que bailaron sin descanso por la mañana y por la tarde.

Al anoecer se desparramó el concurso hacia los caseríos por los cien diversos caminos de la montaña. Poco después, en la hermosa noche de San Juan, brillaban encendidas numerosas hogueras ante las portaladas de todas las viviendas, según la tradicional costumbre vascongada. Abajo, en lo hondo del valle, ante los resplandores de las que ardían en la plaza, se destaca-

ban de relieve las casas, el campanario, las galerías y los primeros macizos de las huertas. La campana de la ermita de San Sebastián volteaba arrebatada, vibrando con su clara y argentino timbre, y la brisa traía hasta las alturas los agudos arpegios del silbo y redobles rítmicos del tamboril. De entre los repliegues de la cordillera, por donde serpentean los caminos, salían los ecos de los ujujús, y saludos de los mútiles que bajaban al baile. También entonces, como en las pasadas noches del otoño, cuando la filosofía robó el novio á Marichu, sonaba espléndida en torno á Arriola la agreste armonía de la Naturaleza, la que forman los ruiseñores y los insectos, los alados músicos nocturnos, entre las ramas, los esquilones del ganado en los corrales, los sapos verdes entre las rendijas de las tapias, las lechuzas en el espacio y los tétricos cucos en las escondidas arboledas del bosque; también, como entonces, al bullicio placentero de la tierra, coronaba con su espléndida grandeza la serenidad de los cielos, tachonados de fulgurantes luces, á los que presidía la vida y fija lumbre de la estrella del amor, encendida, al parecer, aquella noche en obsequio de Martín y de Marichu.

¡Oh hermoso y querido valle de Aramayona! ¡Quién te ha de olvidar con tus tradiciones y tus cuentos, con tus soñadas brujas y tus hermosas doncellas; quién te ha de olvidar, aunque estés lejos y abandonado, si, gracias á la paz y al trabajo de tus honrados hijos, eres el oasis tranquilo y envidiado de mi tierra, allá donde las tres Provincias Vascongadas se unen al pie del gigante Amboto y de los altos prados de Larrazábal!

R. B. DE P.

ACTUALIDADES

[QUE CALOR!

Como todos los años nos sucede
 (y es cosa de cajón)
 vinieron de repente los calores
 con ímpetu feroz
 desterrando las noches deliciosas
 de pasada estación
 en que, al menos, cualquiera se podía
ventilar el pulmón.
 Pero hoy vemos que se hace ya imposible
 resistir el calor.
 De día no se puede ir por la calle
 por lo que pica el sol
 y la plaga de moscas y mosquitos
 que es una bendición
 y aún otros animales *más dañinos*
 que no he de nombrar yo.

∴

Ya empiezan á salir por los paseos
 á la puesta del sol
 familias que el invierno se han pasado
 rodeando el fogón
 y ahora lucen, los unos sus sombreros
 de la paja de arroz,
 y las otras sus trajes de verano
 de tela tricolor
 y el flamante abanico, según ellas
 venido del Japón;
 se dan doce ó catorce ó veinte vueltas
 cubiertos de sudor
 y así pasa el verano esta familia
 y esa es su diversión.

Conozco á una familia de esta clase,
 parientes de un doctor,
 formada por el padre y por la madre
 y el hermano mayor
 y tres rubias que creo las envidia
 el mismísimo sol
 que hace ya dos semanas que los baños
 les mandó el tal doctor.
 Y como ni siquiera de qué clase
 les dijo el buen señor,
 se dan sus paseitos y se bañan.
 ¡Se bañan en sudor!

Que produce calor el movimiento,
 más si es de rotación,
 es cosa que de estar tan bien sabida
 ya casi se olvidó;
 más viene á recordarlo este suceso
 que he presenciado yo.
 Marchaba por las calles un ciclista
 haciendo un *gran record*
 y casi echando chispas por las ruedas,
 del *impetu veloz*.
 En una piedra que en la calle había,
 sin verla, tropezó
 y vaciló la máquina al momento
 y el ciclista rodó,
 causándose, al caer sobre la piedra,
 un tremendo chinchón.
 Un doctor que pasaba por la calle
 corriendo se acercó
 diciendo:—Caballero, ¿qué le pasa?
 Y el otro contestó
 con cara compungida y dando un grito:
 —Nada; una..... *rotación*.

Ya se habla por ahí de balnearios
por causa del calor
nombrándose á Betelú, Paracuellos,
Archena y Arcachón,
Panticosa, Loeches. Las Arenas,
San Sebastián, Sobrón
y cien y cien de España y extranjero
que no recuerdo yo.
Ya se arman discusiones en familia
por cual será mejor
y donde ha de costarles más barato
que el verano anterior.
Uno se enfada y le parece poco
los baños de Arcachón
y á otro de la familia, que se calla,
le sobra con Sobrón.
Por cierto, en estos viajes de verano
¡qué petardos ví yo!
Una vez me dijo uno que marchaba
por dos meses á Pau
y en un viaje que yo hice á los tres días
¡me lo encontré en Cinchón!

FRANCISCO AZNAR NAVARRO.

CRONICA CIENTÍFICA

AL POLO NORTE

Si por ahora no está resuelto el importantísimo problema de la navegación aérea, no puede dudarse que en estos últimos tiempos se han dado pasos de gigante hacia su solución.

Lo que en el pasado siglo se consideraba como irrealizable, como una utopia, entró ya por completo en el terreno experimental, y, ahora más que nunca, verdaderas autoridades científicas y sabios encanecidos en el estudio le consagran largas vigiliias, en la creencia, es más, en la seguridad de que sus trabajos han de verse, al fin, coronados por éxito feliz.

Sin remontarnos á las épocas en que Corelli y sir G. Cayley hicieron sus primeros ensayos, podemos citar á Mr. Petigrew, el sabio profesor del Colegio Real de Edimburgo; á Babinet y Fleury Giffard, á Dupuy de Lome y Petrin, á Blanchard, Laadelle, Heudson, Stringfellow, Weuham, Penaud, Chabrieu Straux Durckheim, Renard, Faye, Parmentier, Fonvielle, y tantos otros que no descansaron ni descansan un instante en los trabajos que han emprendido para obtener los resultados que persiguen.

Grandes, titánicos esfuerzos les costará llegar á la meta, pero llegarán al fin, y el problema de la navegación aérea, lejos de ser abandonado por imposible, como el de la cuadratura del círculo

el del movimiento continuo, irá á ocupar el brillante lugar que le corresponde en el terreno de las ciencias, siendo el de la dirección de los globos uno de los más grandes descubrimientos de que con justísima razón podrá enorgullecerse quizás el presente siglo en sus postrimerías ó en sus albores el que ya no tardará en aparecer en los horizontes del tiempo.

Si no llegó aún á la definitiva solución del problema, ya se realizan atrevidas excursiones á través de las capas atmosféricas, como queriendo probar con esto los audaces aeronautas la confianza que abrigan de que está próximo el instante en que el hombre ha de viajar por los aires con la misma facilidad que lo hacen hoy por la tierra ó por el mar. Una de ellas es la que se propone llevar á cabo al polo Norte el ingeniero sueco Mr. Andréé.

Los gastos que, según cálculos de Mr. Andréé, exige su excursión, se elevan á la suma de 180.000 francos; pero, como ya dijimos hace poco tiempo, esta cantidad ha quedado cubierta por medio de una suscripción popular, á la cabeza de la cual figura el Rey Oscar.

El globo, que actualmente se construye en París, será de 6 000 metros cúbicos, y la ascensión se verificará el mes de Julio del año próximo, en una de las islas del archipiélago de Spitzberg. El audaz explorador irá acompañado por M. Nills Ekholm, como astrónomo de la expedición.

En una de las últimas sesiones celebradas por la Academia de Ciencias de París, Mr. Faye se ocupó extensamente del proyecto del ingeniero sueco, en vista de la Memoria por éste presentada. El ilustre miembro de aquella docta Corporación, cree que empleando Andréé un globo de seda doble, y conduciendo una cuerda bastante pesada que, en momentos dados, pueda descolgar hacia el suelo para contrabalancear la acción elevatoria producida por el calor solar, podrá cruzar fácilmente durante un mes por las regiones desconocidas próximas al polo.

En la época en que proyecta emprender el viaje, no hay que temer ni grandes nevadas ni fuertes tempestades, y, por lo tanto, ningún obstáculo natural se opone á la ejecución de su extraordinario viaje, cuyos resultados científicos han de ser muy importantes; recorrerá cientos y millares de kilómetros en una región completamente desconocida hasta hoy, recogiendo gran número de fotografías y notas de todo género; recorrerá con la velocidad del viento las tierras heladas, en que otros viajeros no avanzaban más que tres ó cuatro kilómetros cada veinticuatro horas.

Lo único que preocupa á Mr. Faye es como Andréé y sus dos acompañantes, cuyo valor temerario admira, podrán regresar á las regiones civilizadas conduciendo los tesoros recogidos con una rapidez maravillosa, digna de las novelas de Julio Verne.

Esta pregunta que el sabio astrónomo formula, es la misma que se hizo siempre que se preparaba alguna expedición á esas

terribles regiones que han costado tantas y tan preciosas vidas y que, á pesar de los recuerdos de los Barentz, Franklin, De Long, Hall, Bellot, Blossville, Hudson, se repiten como si estos hombres ejercieran cierta fascinación en los cerebros de los osados que se preparan á seguir sus huellas.

Andrée, entregándose á los caprichosos vientos, corre muchos menos peligros que Nausen dejándose arrastrar por las corrientes submarinas que conducen los bancos de hielo. El primero posee más recursos para huir hacia el Sur que su émulo de Noruega, que si no ha sucumbido, está encerrado desde hace diez y ocho meses en el más terrible de los círculos del infierno del Norte.

Realmente, el viaje, aunque peligroso, no ofrece dificultades grandes, si se tiene en cuenta los recursos que va acumulando un aeronauta como Andrée, que además ya dió gallardas muestras en otras ocasiones de su sangre fría y de sus conocimientos científicos.

Un Académico.

PEPE ZAYAS

(ANÉCDOTA DE 1840)

I

La broma pudo salir un poco cara.

Pepe Zayas era el blanco constante de nuestras burlas.

El que fuera el mejor muchacho del mundo no era obstáculo para que su exceso de prudencia en todas ocasiones nos provocara á todos sus amigos á reirnos á mandíbula batiente del pavor que al más ligero asomo de peligro descomponía sus facciones.

Y, sin embargo, rabiaba por ir á todas partes con nosotros, que buscando siempre solaz y esparcimiento, dedicábamos cuanto tiempo nos dejaban libres las que hoy llamamos *juergas* y entonces conocíamos por *rambras*, en las más acredita las tiendas de montañeses de Sevilla, ora á un acose de reses bravas en Tablada, ora á excursiones y cacerías que se extendían no menos á las veces que á las serranías de Córdoba ó de Ronda.

Entonces si que era de ver los apuros de Pepe Zayas. Bastaba que á un bromista un poco *jacarandoso*—lo que *guasón* era también desconocido—se le antojase decir que un toro se había salido de la piara, ó que había visto un jabato revolverse entre unos jarales, para que nuestro amigo, pálido como un difunto, le faltase poco para dar señales de su miedo de modo análogo á como las dió Sancho del suyo en la aventura de los batanes.

Y no quiero decir nada cuando en un mesón ó una venta en

que teníamos por necesidad que alternar con contrabandistas, arrieros y otras gentes maleantes, se bosquejaba, unas veces de veras y otras fingida por nosotros, una pendencia de esas que el tecnicismo moderno califica de *brincas*.

Al primer asomo de *rebugina*, Pepe, si no había tenido tiempo para tomar asilo en el rincón más obscuro de la cuadra ó en el más retirado de los caramanchones, ya estaba metido debajo de una mesa, pareciendo, por el temor que agitaba sus miembros, más que persona humana, perro chino.

Y lo raro era, que apenas pasado el chubasco, más empeño ponía en no confesar la *medrana* que San Pedro en negar á su maestro.

De tal manera se salía de quicio cuando después hacíamos alusión á su pavora, que de no haberle conocido, más de una vez hubiéramos tenido que, dando al olvido su amistad, la emprendiese con nosotros y acabase en sangrientas veras lo que las más de las veces no había sido otra cosa que regocijada burla.

II

Por aquellos días la comarca estaba aterrorizada.

Aquellas aventuras de bandoleros, que en estos tiempos nos parecen consejas abultadas por la imaginación popular, eran de tal realismo, que arrestos y no pocos se necesitaban para ponerse en camino por los sitios en que se decía que andaba alguna de las no pocas partidas que con una audacia inconcebible desvalijaban en pleno día á los viajeros que más seguros se creían.

Nosotros teníamos dispuesta una excursión á la feria de no sé qué pueblo de la provincia de Granada, para llegar al cual había forzosamente que atravesar no pocas leguas de un terreno fragoso y quebrado; y solo el amor propio nos hizo desobedecer las reiteradas instancias de las muchas personas que nos advertían lo peligroso de tan loco viaje.

Precisamente, aquel era el campo de operaciones de uno de los bandoleros que más fama habían adquirido por sus hosadías y maldades, y el cual, á pesar de tener pregonada la cabeza y de andar sobre sus huellas no pocos destacamentos de tropa, hacía todos los días y á todas horas alardes de guapeza, presentándose, ora disfrazado, ora sin disfrazar, en los lugares en que más arreciaba la persecución.

Para ello contaba, á más de su valor, con la protección que, unas veces debida al miedo de sus venganzas, otras á su generosa liberalidad, se le dispensaba en todos los lugares, cortijos y caseríos, donde nunca faltaba gente que, lejos de entregarle á sus perseguidores, le diese oportuno soplo, ó le hiciese capa para que se pusiera en salvo.

Como digo, á pesar de saber todas estas cosas, persistimos en la idea del viaje.

Pepe Zayas, después de pensarlo un poco, se decidió á ser de la partida, y los cinco individuos que la componíamos salimos de Sevilla bien montados, no del todo mal armados y mejor provistos los cintos de buenas onzas de oro, proponiéndonos hacer en cuatro ó cinco jornadas el camino que debíamos recorrer.

III

La mitad de él le hicimos sin contratiempo ni peripecia alguna, y esto, unido á los buenos tragos de un excelente Montilla y de una no peor manzanilla de Sanlúcar, de que llevábamos bien repletas las botas, nos hizo perder el poquillo de recelo con que salimos, recobrando por completo el humor bromista que nos distinguía.

En esta situación nos vimos precisados, al segundo día de marcha, á hacer noche en una especie de mesón, parador ó venta, que en un escampio se ofreció á nuestra vista; y aunque su aspecto no era por demás atractivo, tal era la gana que de descansar llevábamos, que en poco estuvo que, como D. Quijote aquella de los campos de Montiel, no se nos antojara ésta suntuoso castillo con su profunda cava y sus torres de bruñida plata.

Y como de tal hubiéramos aceptado las medianas comodidades que nos ofrecía, si un accidente inesperado no nos hubiera, á poco de entrados en la venta, forzado á arrepentirnos del mal acuerdo de habernos detenido en ella.

Es el caso que cuando estábamos sentados en la cocina haciendo el encargo de la cena, demedio á medio nos quitó el apetito la entrada en el local de un hombre, que airosamente vestido á lo macareno, atado á la cabeza un pañuelo de seda de colores chillones que ocultaba en parte el sombrero de catite, y echada al hombro una rica manta jerezana, por debajo de la cual asomaba la bocacha de un trabuco que, por lo reluciente, de fina plata parecía hecho, saludó con cierta fanfarrona cortesania, y como hombre que sabe que de todo acatamiento es digno, se sentó en uno de los bancos más próximos al hogar.

Ninguno de nosotros dudó que aquel hombre era el temido bandido que con tanto empeño se perseguía, y lo cierto y verdad es que por esta vez no fué sólo Pepe Zayas el que palideció.

Yo, sin embargo, no tuve mucho tiempo paciencia, y á la deshecha, y aprovechando el momento en que el dueño de la posada, venta ó lo que fuera, salía hacia la cuadra á ordenar se diera de beber á nuestros caballos, me acerqué á él, y para salir de dudas le pregunté si era verdad lo que recelábamos.

Una carcajada fué la primera respuesta que recibí, á la que

no tardé en hacer coro yo mismo, cuando el ventero me dijo que el que habíamos tomado por el famoso bandido no era sino el hijo de un conocido título, que nombró, y que pasaba por ser uno de los más ricos de la comarca, y que por capricho unas veces, por captarse simpatías otras entre la gente del bronce, usaba más el traje en que á la sazón le veíamos que no el que á su clase y rango correspondía.

Tranquilizarme y cruzar una idea por mi mente todo fué uno.

Para llevarla á cabo me limité, por el pronto, á encomendarle que de nada de aquello hablara á mis amigos.

IV

El pensamiento que á mi me pareció de perlas, y que mereció la sanción de mis amigos, fué seguir haciendo creer á Pepe Zayas que el rico mayorazgo era el temido bandolero.

¡Poco íbamos á reírnos viéndole temblar, al no tener otro remedio que pasar la noche bajo el mismo techo que el que él tenía por el terror de la comarca.

Y así fué, aunque la algazara no duró todo el tiempo con que habíamos contado. A la media hora de estar recogidos en la habitación que para todos juntos se había habilitado, el mucho cansancio hizo que el nada apacible rumor de nuestros ronquidos ahogara el castañeteo de dientes de nuestro pusilánime amigo.

El sueño, si no puede con el miedo, vence al más sazonado humor de burlas.

V

—¿Qué diablos pasa?—pregunté de allí á unas dos horas, despertándome sobresaltado al oír la infernal batahola que llegaba á nuestro cuarto.

Y echando yescas para encender una luz, ví que todas las camas estaban vacías.

Mis amigos, presa del mismo sobresalto que yo se habían echado al suelo.

Todos estaban allí menos Pepe Zayas y como al notar su falta no hubo uno solo á quien no asaltara el mismo temor, en tropel nos lanzamos á la puerta. Pero no tuvimos necesidad de andar mucho. El que teníamos por prófugo, el pusilánime, el cobarde, el apocado Pepe Zayas, que indudablemente venía á buscarnos, nos salió al encuentro. Su rostro estaba más pálido que nunca; pero con no poca extrañeza vimos en su mano el reluciente trabuco del supuesto bandido.

Antes de que tuviéramos tiempo de interrogarle, nos dijo con voz cortada, pero segura:

—Lo que no se ha atrevido nadie hacer, lo he hecho yo solo. El terrible facineroso, manietado por mí, esta ya en poder de los soldados que acaban de ser alojados en la venta.

—¡Majadero!...—grité al oírle.—La única vez que te ha ocurrido ser valiente ha sido para hacer una tontería.

—¿Qué dices?—preguntó otra vez temblando como un azogado.

—Que el que has sorprendido y entregado á la tropa es.....

No pude acabar; el posadero era el que esta vez habia entrado en la habitación con mucho más azoramiento que todos nosotros.

—¡Por la Virgen de la Consolación de Utrera, señorito, no me pierda usted!—me interrumpió con la mayor aflicción y poniéndose de rodillas á mis pies.

—¿Qué significa esto?—le pregunté.

—Que si usted dice que le he engañado me tomarán por encubridor, y por lo menos del presidio no me libro.

—¿Luego?...

La explicación estaba de más.

El que Pepe Zayas, con un arrojo y una osadía que él mismo no se ha explicado nunca, habia capturado, no tenia nada que ver con el rico mayorazgo, que á aquellas horas estaria durmiendo tranquilamente á muchas leguas de allí.

El preso era real y positivamente el más temible de los bandidos de toda Andalucía.

ANGEL R. CHAVES.

DOS DISCURSOS NOTABLES

Seguros de que nuestros abonados han de saborear con gusto los discursos del Excmo. Sr. Conde de la Viñaza, recientemente admitido en la Academia Española, y del Excmo. Sr. D. Alejandro Pidal y Mon, notabilísimos trabajos que revelan el talento de sus autores, desde este número empezamos á publicarlos como testimonio de admiración y como pequeña muestra de gratitud al ilustre prócer aragonés y distinguido amigo, que se ha servido honrarnos con el envío de tan luminoso estudio.

Discurso del Excmo. Sr. Conde de la Viñaza

SEÑORES:

No han transcurrido todavía cuatro años desde que me otorgasteis un premio en público concurso literario, ateniéndoos indudablemente para concedérmelo, más que á la competencia acreditada, al amor al estudio y á la afición á las buenas letras, únicos títulos con que puedo deciros que me presento hoy ante

vosotros; y no satisfechos con haber sacado entonces mi nombre de la obscuridad en que merecidamente yacía, lo habéis elevado ahora, por acuerdo de vuestros votos, al puesto que sólo ocupan los que, cargados de años y de laureles, vienen á esta Academia para honrar y esclarecer la lengua y la literatura castellanas. El inmerecido honor que recibo y la forma en que me lo concedéis ponen en confusión mi espíritu, que no acierta á expresar cuanto siente, oprimido por la gratitud y la íntima conciencia de mis pobres merecimientos. Pero estad seguros de que no olvidaré jamás que esta gloriosa prerrogativa con que me habéis favorecido la debo solamente á vuestra generosidad, y de que ni un instante siquiera desconoceré que soy y tengo que ser siempre el último entre vosotros, y que vengo á asociarme á vuestras tareas nada más que con aquel celo y buena voluntad que ponen los aficionados á la investigación filológica y bibliográfica cuando quieren ofrecer al juicio de los sabios el resultado de sus afanes y estudios.

El sitio en que vengo á sentarme entre vosotros aumenta también mi confusión y agradecimiento al pensar que me habéis dado por inmediato antecesor al sabio religioso que, en el orden científico, en el político y en el literario, ha dejado memoria imperecedera en la patria española; al varón de piedad y de virtudes esclarecidas; al Emmo. Sr. D. Fray Ceferino González y Díaz Tuñón, Cardenal de la Santa Iglesia Romana y gloria inextinguible de la Orden de Santo Domingo de Guzmán.

No cabe, en los términos en que debo circunscribirme, la exposición, examen y encarecimiento de cuanto hizo á su paso por el mundo este ilustre dominico, mas no por esto he de cortar el vuelo á mi deseo de rendir aquí un tributo de veneración á la memoria del P. Ceferino (según se le llamaba y seguirá llamándosele), y de decir algo, siquiera sea rápidamente, de lo que le debe la España de este siglo.

Dos hechos importantísimos, sobre todos, hallo en la misión que la Divina Providencia le confió. Fúndase el uno en el estado de nuestra patria y en las doctrinas filosóficas que lo promovían y alimentaban. Porque desheredado el pensamiento español de la posesión de aquella filosofía que le había vigorizado en edades pasadas, y obscurecido por las enseñanzas de escuelas filosóficas que, nuevas en nuestra patria, jamás pudieron hallar firme asiento en las inteligencias españolas, no lograron el resultado á que eran acreedores los esfuerzos que Balmes y Donoso (glorias ambas de esta Academia) hicieron por el restablecimiento de la filosofía cristiana y por la regeneración político-social de la patria de Domingo Soto y de Melchor Cano. Y así pasamos más de la mitad del siglo, mirándose frente á frente el tradicionalismo católico y el racionalismo germánico, hasta que un fraile de la Orden de Predicadores, que apenas contaba treinta y tres años de

edad, echaba por tierra aquella ciencia falsa ó empedernecida, y paseando victorioso su genio grande y original por las altas cumbres en que la Razón y la Fe, la Religión y la Ciencia se enlazan, estudiaba trataba y resolvía, según la antigua escuela del Doctor Angélico (pero con forma, método y aplicación originales), los más abstractos problemas de la Ontología, de la Cosmología, de la Psicología, de la Teología, de la Moral y de la Política. Este era el P. Ceferino, quien en sus tres tomos de *Estudios sobre la Filosofía de Santo Tomás* llegados á Europa desde las apartadas regiones de la Océania, aconsejó á los católicos, dirigió y alimentó á la juventud, contuvo la invasión y entronizamiento de erróneos ó de peligrosos sistemas, y admiró á los sabios que por unanimidad le proclamaron el restaurador en nuestra patria de las doctrinas del Aguila de Aquino.

A este primer libro del religioso dominico siguieron otros varios que iban completando la gigantesca labor que su autor se impuso, y en los cuales se vulgarizaba la filosofía cristiana; se exponían y juzgaban los diversos sistemas filosóficos y se indicaban caminos seguros para demostrar la armonía que no puede menos de existir entre la revelación sobrenatural y la ciencia de los hombres. Su *Filosofía Elemental*, texto de los seminarios y de muchas escuelas universitarias, de la cual se han hecho nueve ediciones latinas y siete castellanas; sus *Estudios religiosos, filosóficos y científicos*; su *Historia de la Filosofía*; su discurso de ingreso en la Real Academia de Ciencias Morales y Políticas, y su última obra sobre *La Biblia y la Ciencia*, contribuyeron eficazmente á la acción é influjo de que os vengo hablando y que habia de tener eco profundísimo en la historia política de España y en las hondas transformaciones sociales que en estos últimos años hemos presenciado.

Y he aquí, señores, el segundo de los hechos á que antes me refería, el cual es como efecto ó consecuencia del sistema y tendencias mantenidos en los libros del Cardenal González. La posteridad hablará largamente de la dirección que imprimió con su palabra autorizada y con su ejemplo en la marcha política y social de España. Yo, por razones fáciles de comprender, no puedo decir cuanto quisiera, pero no he de callar que señaló sus deberes á los católicos españoles y el programa de su conducta, presintiendo de tal suerte el pensamiento expuesto y aconsejado por León XIII en inmortales encíclicas relativas á la unión de los católicos y á la obligación que tiene de someterse á los poderes constituidos.

Méritos tan señalados y autoridad tan justificada y reconocida alcanzaron para el P. Ceferino los más altos cargos y dignidades, premios y honores que, contra su deseo y aun produciéndole enojo, tuvo que aceptar; y en el ejercicio de su sagrado ministerio viéndose realizadas más y más su devoción verdade-

mente santa, su humildad ejemplarísima y su fe incommovible en las divinas promesas, manifestaba por modo inefable, en los postreros días de su vida, cuando en medio de espantosos sufrimientos, no manifestaba otro deseo que el de alcanzar de la Divina Gracia las fuerzas indispensables para ir al Santuario de Nuestra Señora de Lourdes y ofrecer allí á la Virgen Santísima los últimos momentos de su existencia.

Sus libros y su saber (que hasta las ciencias físicas se extendía, pues en Manila publicó un folleto sobre la electricidad y otro sobre los terremotos) abrieronle las puertas de esta Academia. La enfermedad de sus últimos años le impidió incorporarse á ella, pero no terminar y remitir su discurso, que versa sobre el estilo de los místicos españoles de la edad de oro, y acredita, como todas sus obras, que, no sólo elegisteis al P. Ceferino por teólogo y por filósofo, sino que también le llamasteis como escritor y consejero en materias de lengua castellana.

No es distinto el arte del buen lenguaje, del propio arte de pensar y encontrar la verdad; antes se compenetran uno y otro y son indispensables para la perfección de toda obra literaria, ya que cuando el pensamiento es grande y está bien ordenado y llega y afluye sin estímulos, según que al P. Ceferino le acaecía, traspasa á la forma todo su vigor, intensidad y eficacia. Un juicio cano, firme y sereno engendra sólidas cualidades de estilo. Un gran talento es siempre un buen escritor. Y el filósofo y el hombre de ciencia poseen las dos mejores cualidades para escribir bien, que son la de una absoluta abnegación de su personalidad literaria en favor de la claridad y de la perfecta adaptación al asunto, y la de servir con el pensamiento á la verdad y con la palabra sobria y proporcionada al pensamiento, jamás desamparado de la lógica, base única é inmutable de buen estilo. Así el P. Ceferino fué un grande escritor, cabalmente porque nunca pensó en serlo y porque no trató más que de expresar lo verdadero con toda claridad. Su estilo es resultado de su pensamiento en su serenidad absoluta; es su lógica incontrastable, tal como se fraguaba en su privilegiado cerebro; y como aquel pensamiento era sólido y seguro y su lógica bien trabada, su estilo era también ajustado y firmísimo.

Tal fué el hombre ilustre cuya pérdida llora esta academia y la nación entera; el filósofo que llamó en el corazón de la España del siglo XIX como un peregrino del siglo XIII, trayendo en sus manos la luz de una ciencia siempre nueva por ser imperecedera; el religioso dominico que con el P. Lacordaire, su hermano de hábito, compartió la gran obra de combate y de triunfo en el mundo contemporáneo, la cual no fué otra (según dice con frase feliz el Príncipe de Broglie, sucesor del elocuente dominico en la Academia Francesa), que la de fortificar las almas por la certidumbre victoriosa de la fe contra los desfallecimientos pasaje-

ros de la libertad y la de contribuir á que el espíritu de Dios penetrase en nuestra conturbada sociedad, no como brazo de justicia, sino como palabra de amor, que logra la sumisión libre de los espíritus.

Rendido ya á la memoria de mi predecesor insigne el homenaje que mi deseo y mi deber exigian, y obligado ahora por la tradición y vuestros Estatutos á desarrollar una tesis literaria, determiné buscar asunto que encerrase cierta novedad é interés, y pensé que quizá podría mantener vuestra atención con el estudio de aquella clase de poesia que, enlazada sin cesar con nuestra historia patria, canta sus triunfos en los momentos mismos en que los sucesos se desarrollan, ó combate en favor de determinadas ideas al lado ó enfrente de los hombres que intervienen en la gobernación de los pueblos. De la llamada *poesia politica* vengo á hablaros, pero no de la *poesia patriótica* sino principalmente de la *poesia satírico-política*, que si vive con exhuberancia en los periodos de transición, decadencia y servidumbre, no deja también de aparecer revestida de todos los esplendores poéticos en momentos solemnísimos de la historia. Los caracteres de este género poético y las vicisitudes por que ha pasado en España hasta el advenimiento de la dinastía de Borbón, y el recuerdo de sus principales autores, constituirán, pues, el asunto de las observaciones, que voy á someter á vuestra indulgencia.

El entusiasmo y la ironía comparten, señores académicos, el imperio poético en sus relaciones con la historia de los hechos y con la política militante de los Estados. Espontáneo y vigoroso brota el primero, siempre que existe la real ó supuesta coincidencia de la vida positiva con los supremos principios de la razón, y jamás deja de aparecer la segunda en las épocas de contienda y de duda; en los periodos en que se manifiesta la contradicción entre la realidad y las verdades de la abstracta y eterna sabiduría, y, sobre todo, cuando la muchedumbre ó el individuo, poseedores de una verdad superior á la verdad social existente, tratan de infundirla en la conciencia humana y en la realización de la vida política. Por esto surge tal modo de poesia en los comienzos de las nacionalidades, interviene en sus revoluciones é inspira á los ingenios que en ellas toman parte; penetra en muchos de los géneros literarios, adopta mil variedades de formas métricas y revistese de cuantos tonos y expresiones toma la pasión en la extensa esfera de su desenvolvimiento en los momentos supremos en que un pueblo ó una civilización están llamados á desaparecer; y ora con cristianos y caritativos acentos y envuelto en el cendal austero de la honrada rudeza, ora servido con las armas de la osadía y del escarnio, combate en pro de los menospreciados y oprimidos contra los vicios, errores y excesos del feudalismo, de la Iglesia, de la

corona y del pueblo. Así en la Edad Media aparece el genio satírico, amparo de la Muerte y del Diablo, alegorías que constantemente le inspiran; lanza sus alusiones malignas, sus agrias censuras, sus anatemas desenfadados y sus sátiras acerbas en los patios de los castillos, en los salones de los palacios, en las hosterías de los campos, en las plazas de los pueblos y ciudades; y no hallando ya en el arte de la poesía campo suficiente para sus manifestaciones estéticas, vémosle intervenir por medio de la pintura y de la escultura en aquella sociedad que, en los muros de sus cementerios, en las gárgolas, en las portadas y en los altares de sus templos, y hasta en las losas de sus sepulcros, dejó muestras indelebles del espíritu satírico que la animaba. Y de la misma suerte que los anatemas de la Iglesia y la férrea mano de los señores feudales no pudieron contener la expansión de la musa satírico-política que surge como presagio de las modernas libertades en aquel mundo desigual y privilegiado de la Edad Media, opulento de virtudes y de vicios, así también en la Edad Moderna no halla este linaje poético playas que limiten su inspiración; antes con el espíritu de crítica y de controversia engendrado por la Reforma y el Renacimiento, cobra mayores bríos y autoridad y reaparece vestida con las formas de la antigüedad clásica, llena de recuerdos mitológicos y de alegorías y animada por un espíritu más dogmático y más alto, pero también más personal y agresivo, del cual ya no habrá de desprenderse generalmente en ningún tiempo.

En todas las épocas y en todos los países se ha desarrollado este género poético, porque radica en un sentimiento inherente al alma humana. Cierta que desde Homero hasta Juvenal y desde los juglares y trovadores hasta los modernos periodistas, la sátira política ha sido muchas veces impotente y mezquina, ó se ha visto muchas veces convertida en instrumento de venganzas despreciables ó en placer malsano del espíritu; pero, sin aprobar sus excesos é injusticias, que con frecuencia los ha cometido muy grandes, el poder de la poesía satírico-política es indispensable que subsista siempre para contribuir á la destrucción de lo que es imperfecto y para transformar, rejuvenecer y crear lo verdadero y lo justo en medio de la eterna antítesis que en el fondo de toda sociedad se agita.

De ahí el carácter universal de la poesía satírico-política; de ahí su fuerza para combatir y destruir, tal y tan grande, que los antiguos temíanla más que á las armas de la guerra y á los discursos del Agora ó del Foro y perseguían á sus autores y propagadores como á los enemigos más grandes de la República. Tolerábanse los discursos de Pericles, pero Anaximándridas era condenado á muerte por haber osado burlarse del Estado parodiando un verso de Eurípides.

(Se continuará)